

EL
MUNDO
PASA
ANTE MÍ

Corneli Roure

[ushuaia]

[ushuaia]

© 2013, Corneli Roure

© 2013, Ushuaia Ediciones, S.C.P.

Carretera de Igualada 71, 2º - 8ª

43420 Santa Coloma de Queralt

info@ushuaiaediciones.es

www.ushuaiaediciones.es

Primera edición: abril de 2013

ISBN: 978-84-15523-48-2

ISBN Ebook: 978-84-15523-49-9

Depósito legal: T.513-2013

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales

Ilustración de portada: © Pikoso.kz/Shutterstock

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España – *Printed in Spain*

LO IMPREVISIBLE

Paso a paso, la sensación de desacierto se hacía más y más patente, entre otras cosas porque aquello que me impulsaba a andar se iba desvaneciendo, hasta quedarse en menos que la mera sombra de una intención. Vagamente, se mecían en mi mente las palabras que quería escribirle a Vicente en un email, y aún con mayor dejadez seguía los pasos del hindú, quien resueltamente me conducía hasta un locutorio donde al parecer tenían internet. Detrás de aquel impulso desdibujado estaba la culpa, el remordimiento de haberle hecho mal a un amigo tras ciertos acontecimientos recientes que me atormentaban; pero en realidad, sufría por mí, por mi miedo, aunque entonces no me diese cuenta. Nunca llegué a enviar aquel correo. En realidad, seguía los pasos de aquel hombre por otra razón relevante que desconocía.

Entramos en sórdidos y oscuros callejones.

—Si vamos por aquí ahorramos camino y llegaremos enseguida —justificó aquel hombre en un burdo inglés que sonaba a campanillas.

Yo no dudaba respecto a llegar antes, pero el itinerario me pareció inquietante, pese a ir acompañado de un hindú. A paso ligero, atravesamos aquellas callejas cerradas en sí mismas donde me sentí observado, casi asediado por ciertas miradas inhóspitas que desde los umbrales hacinados atendían a mi paso, entre el griterío inin-

teligible, las cazuelas golpeadas, los niños llorando y otros sonidos indefinibles. Algunas personas eran como sombras, que deambulaban por las sinuosas callejas y se detenían a verme pasar, extrañadas por mi presencia en aquel territorio vedado a los extranjeros. Vi en ellos los anticuerpos de la ciudad secreta, vigilando con recelo la presencia de un organismo extraño en la intimidad de su sentir.

Pero de pronto, todo cambió cuando salimos a un espacio más abierto; respiré hondo. Se trataba de un populoso mercado que, tras rebasar aquel laberíntico y esforzado juego de portales, pisos y recodos —el amasijo arquitectónico de los pobres—, aparecía allí de golpe, abierto en una plaza, vigoroso, lleno de gente pero a la vez como aislado del resto del mundo en el centro de un laberinto misterioso. En aquel lugar, el sol conseguía penetrar con toda su intensidad tropical y los *rickschaws*¹ se amontonaban entre paradas destartaladas, unos tenderetes que ofrecían el generoso espectáculo multicolor de especias, telas, bebedizos, inciensos, frutas y otras muchas cosas. Y como resulta habitual en la India, sufrí allí el acoso de los conductores de *rickschaws*, tratando de llevarme a cualquier sitio por más que insistiese en que iba a pie. Por fortuna, el hindú que me acompañaba desde mi hospedaje me liberó de los taxistas, soltándoles cuatro palabras desagradables, aunque efectivas, en lengua hindi. Así, a medida que nos fuimos adentrando en el mercado, la presión de la calle se hizo más y más intensa sobre mí, y eso se transformó en una prueba de fuego para el turista recién aterrizado en la India y muy poco acostumbrado al trato con lo que llamamos «tercer mundo». Entre tanto, me di cuenta de que había perdido de vista a mi acompañante, y de que, como consecuencia, todos los acosadores aprovechaban mi indefensión para lanzarse sobre mí como moscas cojoneras. Era comprensible, puesto que yo era uno de los pocos extranjeros que circulaban por aquel lugar, y es que a

1 En la India, se denomina *rickschaw* al pequeño vehículo que sirve como taxi, ya sea arriado por una bicicleta o bien por el propio conductor a pie.

uno se le pone una inevitable cara de dólar cuando hace de guiri. Agobiado, traté de apelar al empleado que me guiaba sin ser capaz de localizarlo entre la muchedumbre. En pocos instantes me ofrecieron hachís, sexo, budas y elefantes dorados, flautas y cascabeles, incienso... También me pedían rupias, mi dirección, bolígrafos, ¡de todo! «*Which country?, which country?*», me preguntaban unos niños tirándome de la camisa; otros repetían: «*Rupi, rupi!*». Entretanto, las moscas iban absorbiendo de mi piel el sudor y la crispación empezaba a calentarme desde dentro, como el propio sol abrasador de Delhi lo hacía desde afuera. Además, y para mayor sofoco, las gafas de sol iban descendiendo de manera insidiosa nariz abajo, patinando lentamente sobre la resbaladiza humedad de la piel. No cabe duda de que la asfixia me llevó a magnificar lo que en realidad ocurría en aquellos instantes, pero lo cierto es que me sentí tan estresado que grité furioso, movido a una especie de catarsis por aquel agobio bochornoso, mezcla de gente y clima. De hecho gritar me fue útil, porque al oírme apareció de nuevo el empleado del hospedaje que me había acompañado hasta entonces, quien con cuatro empujones resolvió la situación.

EL PULSO DE UNA CARCAJADA

Poco después, mientras avanzaba enganchado a la espalda de mi guía, me llegó nítidamente el borboteo de una carcajada sonora y amplia. Yo no podía, desde mi posición, llegar a ver quién la originaba, pero comprendí que íbamos justo hacia el lugar de donde procedía, incesante y escandalosa, rebasando incluso el nivel del bullicio general. No sabía por qué, pero el rizo de su tono me hechizó extrañamente. Progresamos de forma fatigosa entre el sudoroso contacto de la gente, y por fin dimos ante un enorme montón de neumáticos viejos, aunque eso no era lo relevante; lo que sorprendía de verdad era aquel que había encima de ellos, es decir, el pináculo humano de toda aquella porquería. Él era la fuente incombustible de aquellas risotadas, aquel santón hindú de piel oscura y pelo larguísimo recogido en moños, con enormes barbas canas ocultándole el cuello, con un gran collar de gruesas cuentas rugosas y un taparrabos que apenas cubría lo mínimo de aquel cuerpo sucio de polvo o ceniza. Era como un volcán de locas carcajadas sobre la inmundicia, y su magma, el pilón de ruedas amontonadas en aquel extremo de la plaza. A mí, la imagen me pareció excelente, realmente arrobadora, de una fuerza visual y un contraste contundentes, tanto, que maldije no llevar la cámara fotográfica encima. De cualquier forma, pararnos frente a aquel ser esperpéntico a mi guía ya le parecía bien; de hecho, se podía deducir que me condujo hasta allí de forma